

Insuficiente buena voluntad

Carlos LARRINAGA
Historiador

Roto el proceso de paz entre israelíes y palestinos en 2014, el pasado 3 de junio tuvo lugar una reunión en París con vistas a su re-lanzamiento. Así, representantes de la ONU, de la Liga Árabe, de la Unión Europea y los ministros exteriores de 26 naciones se dieron cita en la capital francesa. Curiosamente, estuvieron ausentes las partes implicadas, fundamentalmente por la repulsa de Benjamin Netanyahu a una conferencia internacional como instrumento para avanzar en el camino hacia la avenencia. Con la palabrería hueca que le caracteriza, optó por “negociaciones directas y sin precondiciones entre las partes implicadas”. Lo que, en román paladín, significa no hacer ninguna concesión a los palestinos y seguir como hasta ahora. En su peculiar lenguaje, cuando alude a las “precondiciones”, se está refiriendo a no tomar ninguna medida sobre el estatus de Jerusalén Este (ocupada desde 1967), a no tocar los emplazamientos judíos ilegales en Cisjordania, a no abordar el tema de los campos de refugiados, a no derribar el muro de la vergüenza, a no devolver las tierras arrebatadas a sus legítimos dueños o a no hacer renuncia alguna en el control de recursos tan importantes como el agua. Con semejante planteamiento, cabe preguntarse, entonces, cómo quiere el primer ministro israelí lograr una armonía con sus vecinos. La respuesta es simple y llanamente que no quiere. Por eso rechaza toda supuesta injerencia externa, ya que en un hipotético diálogo de acuerdo, que realmente fuese en serio, estos asuntos deberían abordarse necesariamente. Prefiere que el problema se pudra, como hasta ahora, sabedor de que una nueva conflagración con los árabes a corto y medio plazo es imposible. La última guerra de esta naturaleza tuvo lugar en 1973 y ahora el escenario es completamente distinto. Sus grandes patrocinadores, Egipto y Siria, no se encuentran con fuerza para ello. Sólo Irán podría promocionar un enfrentamiento anti-israelí, pero, dado el momento dulce que vive a nivel mundial, semejante atrevimiento es descartable. Además, no siendo un país árabe, muchos otros no le seguirían. Por tanto, en tales circunstancias, ¿qué aliciente tiene Israel para buscar posibles soluciones? Ninguno.

A pesar de todo, la reunión auspiciada por François Hollande tiene su importancia. Primero porque trata de poner en la agenda mundial un conflicto que lleva coleando desde 1948 sin que, por el momento, se atisbe una salida inmediata. Segundo, porque los asistentes se mostraron partidarios de la opción de los dos Estados, lo que supone un claro espaldarazo a los intereses de Palestina. Tercero, porque en el comunicado final se habla de que la situación actual es insostenible, mostrándose partidarios de poner fin a la ocupación iniciada en 1967. Cuarto, por el clima de violencia que se vive en la zona en los últimos meses, donde casi se llega a materializar una nueva intifada ante la desesperación de la población palestina en general y, sobre todo, de los jóvenes. Éstos ven cómo sus vidas no mejoran y tienen que soportar cada día las constantes humillaciones de los israelíes en su propio territorio. Finalmente, por el desafío de un nuevo terrorismo yihadista, que, de momento, no ha prendido en ese rincón del Próximo Oriente, pero que constituye una clara amenaza observando el panorama en Egipto, Siria o Irak. El conjunto de todos estos factores parece haber impelido a reaccionar a la comunidad internacional.

Si bien habría que añadir otro elemento al que no aludieron los asistentes a la reunión, el auge del extremismo judío, cada vez más implantado en Israel. Quiero recordar que el ejecutivo de Netanyahu es el más escorado hacia la extrema derecha que ha tenido en toda su historia. No en vano la entrada de Avigdor Lieberman en el gabinete como ministro de Defensa es una muestra de ello. En este sentido, cuando las cancillerías de la Unión Europea contenían la respiración ante la posibilidad de que el presidente de la República austríaca fuese un ultra-derechista, ninguno de esos mismos dirigentes políticos se ha referido esta incorporación. Hay que recordar que Lieberman, nacido en Moldavia, representa el ala más radical del espectro político israelí. De hecho, es un colono que vive en un asentamiento cisjordano; por lo tanto, contrario al derecho internacional. Pero no sólo eso, ya que muchas veces ha declarado que el affaire palestino se solventaría siguiendo los métodos de Rusia en Chechenia. Es decir, metiendo los tanques. ¿Qué se puede esperar de un

individuo que es capaz de soltar tales lindezas? Realmente nada. Ahora la patata caliente está en sus homólogos europeos, que seguro que no tienen ningún empacho en reunirse con él. A este respecto, si Netanyahu le ha vuelto a confiar una cartera ministerial ha sido para reforzar a un gobierno, de suyo, bastante débil. Necesita rodearse de tipos duros para hacer frente a esta presunta ofensiva diplomática.

Ofensiva diplomática que me temo que se quedará en nada si no se toman ciertas medidas. Por ejemplo, no estaría de más que Francia, anfitriona de la reunión, reconociese de una vez el Estado palestino, siguiendo lo aprobado en la Asamblea Nacional. Otro tanto deberían hacer todos los miembros de la UE que aún no lo han hecho. Para, a continuación, establecer una estrategia común que, a mi entender, debería asemejarse a la que se siguió en su día con la Sudáfrica del apartheid. Pues cada vez es más evidente la actitud colonialista y racista practicada por las autoridades de Jerusalén Oeste. Como sucediera allí entonces, hoy en día Israel no está preparado para avanzar por su cuenta en la resolución de este atolladero, por lo que es menester una implicación ajena. Aunque para ello mucho tienen que cambiar las cosas, porque no veo un liderazgo mundial apto para encarar la cuestión con el coraje que se precisa en estos casos. Veremos.

5 de junio de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 10 de junio de 2016, p. 26